

bia de caer sobre Los Bribones,

Quiso ponerse en pié; se inclinó hacia adelante y cayó al suelo sin conocimiento. Un hilillo de sangre empezó á brotar de su cabeza, herida al caer, y corría por el suelo en caprichosos giros como una viborilla roja que se prolongaba y crecía rápidamente.....

\* \* \* \*

Qué habia pasado en aquellos tres días ?

Ya sabemos algo. Además de Enrique, que habia sido encalabozado en la cárcel Municipal, las hermanas Marignano habian sido encarceladas en distintos departamentos del mismo edificio donde estaba encarcelada Luisa. De vez en cuando salian de aquellos cuartos gritos histéricos lanzados por las muchachas. Una de ellas sufría repetidos ataques desde el día en que habia sido encerrada y en medio de la noche, se escuchaban sus alaridos, á veces plañideros, otras veces estallaban en carcajadas que vibraban en el espacio como si la atmósfera estuviera saturada de maldición.

Suele suceder, que en la existencia, en la plenitud de la vida, cuando la juventud esplende pletórica de fuerza y de ansia de pasionales gozes, en un medio ambiente de placer y de confianza en su propia fuerza, un golpe inespere-

rado é imprevisto del infortunio viene á herir el corazón y á quebrar el cerebro con un fatalismo ciego y brutal. Toda la fuerza de esa juventud se doblega ante el infortunio, que la inexperiencia concibe y agiganta terroríficamente eterno y entonces, el amor, que es el dulce perfume que embriaga la vida con sus delirantes y gozosos ensueños y que tan delicada é intensamente vitaliza el corazón, en vergonzosa derrota huye y se empequeñece hasta casi desaparecer del horizonte en que se fijan, llenas de infinita y suprema ansiedad, nuestras miradas.....

El golpe habia sido para aquellas pobres gentes tan tremendo y tan sin antecedentes; las habia cogido tan de improviso que, todavía á pesar de el lapso que habia pasado, no se daban cuenta de lo que sucedia, solo concebían que algo espantable, mortífero, pasaba á su alrededor; se figuraban una catástrofe que debia, probablemente, haber cambiado el orden regular de las cosas. Creían, mas bien oscuramente se imaginaban, que todas las gentes debían estar encarceladas y las pocas que pudieran andar por las calles, lo harían temerosamente y á hurtadillas del Genio maléfico que lo trastornaba todo. El Juez y Ojos de Perro les habian

dicho, fingiendo profunda lástima, que allí estaban por que era necesario averiguar un robo, pero de esto no se deban ellas exacta cuenta y solo dominaba en sus cerebros, la idea vaga, oscura, de aquella catástrofe universal. Recordaban á sus padres, que vivian en Tucson, y un profundo dolor apretaba, atenaceando cruelmente su amor por ellos. Tambien ellos debian estar presos y ellas no estaban allá para ayudarlos. La amable y cariñosa viejecita italiana, que con tan delicado orgullo les narraba, con su cancionante lengua, sus amores juveniles con el guapo y caballeresco Ayudante de Garibaldi, el Teniente Marignano; que les describía, brillante la mirada que hendía soñadora el pasado y el espacio, las bellezas, la vida y el arte tan glorioso y perdurable de la Ciudad Eterna, tambien ella debia sufrir separada del viejo y amado compañero de su vida, humillada, la misma prisión que ellas sufrían. El dolor emergía de ellas y se dilataba en ondulaciones que inundaban sombríamente á la humanidad y á las cosas. Sobre aquellas pobres mujeres caía una lluvia de miserable desgracia que lo cubría todo, como llovió la destrucción en las cenizas que ocultaron con la muerte las ciudades antiguas, y aquellas pobres muchachas

cuyas inexpertas imaginaciones exageraban infinitamente el infortunio, no se figuraban que sobre ellas se movía omnipotente, insensible y brutal, la máquina de las combinaciones financieras. La derrota de sus ilusiones, el ajamiento bárbaro de su delicadeza mujeril, la interrupcion intempestiva de la dicha que la naturaleza les otorgaba, la mácula de aquella prisión en sombreciendo toda su vida, significaban el triunfo de un hombre que formaba una base con el dolor humano y se erguía sobre ella, triunfador y admirado por el capitalismo de su País é incensado hasta la idolatria por los incipientes torpes y rapaces financieros mexicanos.

.....  
 Como se ha dicho, Enrique habia sido encerrado en un calabozo de la Cárcel Municipal. El calabozo era un cubo de dos metros por lado, el piso de cemento, las paredes de piedras irregulares desnudas. Una puerta de rejas de fierro cubierta por otra exterior de madera, daba al patio de la cárcel; en un angulo, una lata de petróleo servía de letrina y envenenaba el aire con el hedor que despedía. Una colcha y dos cobertores tirados en el suelo, completaban el menaje de aquel antro.

Enrique habia sido trasladado á la cárcel des-

de la Tienda, por el buen Cashier, quien, echándola de filántropo, lo había llevado en su carruaje para evitarle la vergüenza de que lo vieran por la calle cuidado por policías. Esto es profundamente consolador. Ver tanta miseria en los hombres, desalienta, pero al lado de esa miseria siempre hay virtudes que brillen como un sol y el Cashier era el tal Sol.

En el camino, el buen hombre le dijo á Enrique que se trataba, al ponerlo preso, de averiguar un robo hecho á los Almacenes y á la Caja fuerte de la Tienda y que probablemente su esposa estaba complicada en el tal robo, y que lo mejor sería que él salvara la responsabilidad de su mujer, confesándose culpable; de no hacerlo así, Luisa tendría que pasar en la cárcel lo menos seis años. Aquello fue un golpe furibundo para Enrique, que lo volvió idiota y cuando quiso hablar, interrogar algo, suplicar alguna explicación sobre aquel hecho infamante y que nunca se había imaginado que podría cometer su mujer, se encontró encerrado entre las cuatro estrechas paredes de su calabozo. Sufrió un ansia frenética por saber algo y al mismo tiempo un furioso arrebato de desprecio hacia Luisa se apoderó de él; quiso tenerla allí para matarla á patadas, como á un perro. Por

su cerebro cruzaron ráfagas tempestuosas de locura rabiosa. Por qué era él el marido de aquella ladrona? En pié, sus manos apretaban su cabeza que se agitaba poseída de la insania. Luego se dejó caer encojido, boca abajo sobre el cobertor que debía servirle de cama. La oscuridad y la pestilencia del calabozo agravaban su enferma volición y flameaban en su cerebro anémico en insensato delirio.

La ráfaga huracanada se deshizo con el agotamiento de sus pobres facultades. Permaneció largo rato como un idiota. El sistema nervioso tuvo entonces en aquella suspensión de récias vibraciones, como un descanso que lo vigorizaba para continuar más adelante.

Suave, cautelosamente, surgió de nuevo la obsesión iniciada al conjuro de las palabras del Cashier, pero ahora tomaba una forma reflexiva, casi lógica; sopesaba las circunstancias, apreciaba los detalles, retrocedía en el tiempo y se posaba inquisidora sobre la personalidad física y moral de su mujer, al investigar los movimientos, los actos y las palabras, interrogando á estas manifestaciones materiales de la vida de Luisa, y procurando encontrar en ellas algún dato, alguna sospecha, un punto por reducido que fuera que atestiguara la más ligera

presunción de culpabilidad. Luego recurrió á su espíritu ético y lo vió oscuro para el crimen, sin intenciones para el deshonor, sin facultades para la desvergüenza. Su mirada trasparente la vida sencillamente apasionada de su mujer, infantil, algunas veces frívola, pero las más, fuerte y serena; adorable y dulce en sus mimosos placeres que espiritualizaba con su privilegiada inteligencia, buena camarada en las luchas por la vida; valiente y hasta agresiva para los malos tiempos.

La forma reactiva de aquellas ideas le hizo ver clara la inocencia de Luisa. Aquello no podía ser; si algo hubiera hecho Luisa él tenía que saberlo, su solo intento hubiera sido conocido por él; con solo la concepción mental que ella hubiera tenido, él habría adivinado inmediatamente lo que Luisa hubiera podido pensar y si aun ella lo hubiera engañado logrando á fuerza de astucia ocultarle sus intentos, nunca hubiera podido ocultarle el robo.

El Cashier le había dicho que el robo era de mercancías y de valores de la Tienda. Luisa no podía haber sustraído esas cosas sin que él lo hubiera sabido. Esto no podía ser y sin embargo... el Cashier que era todo un buen hombre así lo había afirmado. El Cashier

... el Cashier? todo el mundo hablaba del Cashier como el mejor y mas verdadero de los hombres... Su fineza al traerlo á la cárcel en su buggy... sus reticencias para darle la dolorosa noticia, procurando no lastimarlo... aquel aspecto de desolación que tomó cuando le dijo lo que pasaba con Luisa... su consejo tan paternal—el único remedio le había dicho él—es que Vd. se confiese culpable. Y en esto había el Cashier faltado á su deber como autoridad, y por qué? Sencillamente por que era un hombre de corazón, un buen hombre, en fin. Si; así debía ser, así debía de ser.

El frío del suelo agotaba, con la pestilente atmósfera de la celda, el poder físico y mental del preso y sus deducciones se iban vagorizando en la penumbra de su cansancio cerebral, como en un horizonte nocturno en que las cosas se confundieran unas con otras desapareciendo los perfiles que las distinguen y mezclándose yá, en su fatigadísimo cerebro, la oscura concepción de la inocencia de Luisa con la sugestiva afirmación del Cashier, y acabando por formar un cuerpo oscuro, de escasa transparencia, y que se balanceaba en el vacío de su cabeza como el badajo de una campana que le azotaba el cráneo bárbaramente chocando en

CAPILLA ALFONSINA

sus paredes movido todavía por la lucha de una idea con la otra. Aquello era penoso, á veces cruel, la idea de la inocencia de su mujer empujaba á la otra idea y el choque se operaba como un martillazo en las cavidades cefálicas. No pudo soportar; un esfuerzo supremo, cobarde, instintiva exigencia de su débil naturaleza que le imponía imperativamente la necesidad del descanso, le hizo arrojar fuera de sí la idea buena, la de su deber, la que él sabía que era la verdadera, y aceptó, yá sin fuerza para seguir luchando, como una derrota vergonzosa de su escaso vigor, la culpabilidad de su mujer. Aceptó este final, lo caracterizó decididamente con las formas de la verdad y se esforzó en considerarlo como su última decisión, como un final inmutable, sin lugar á duda y que ya no admitía cavilación. Experimentó el descanso, al sentirse invadido por la idea de la culpabilidad, puesto que ya no habia lucha y solo quedaba en su cerebro una idea limpia, sin contactos irritantes, y lejos, muy lejos, la parvada de las conjeturas, de las cavilaciones luctuosas y embarazantes. Aceptó declararse culpable del robo cometido por Luisa, salvándola y entregándose él, por completo, á la inmovilidad contraria á las reacciones, y dejando al abandono que se apode-

rara de él como si fuera su propia naturaleza. No quizo. No quizo batallar más con aquella situación. Para el porvenir sufriría su condena, que él procuraría fuera lo más larga posible y al pensar en ésto, un nuevo sentimiento, hermano del que le hacía aceptar la culpabilidad de Luisa, renacia bien abrigado, bien apoyado, y era el deseo de castigar á Luisa de alguna manera y este castigo seria despreciarla, y este desprecio le sostendria en el abnegado sacrificio que por salvarla se imponía. Ya no habia efectivamente lucha en él, por que sencillamente fructificaban, desarrollándose, las ideas y los sentimientos, hijos de la cobardia, del miedo, del agotamiento físico y moral de aquel empobrecido por el desgaste de varias generaciones débiles, que habian vivido una vida de falsas luchas, luchas que mátan lentamente al través de generaciones sucesivas. La cobarde debilidad de la raza invadía sombríamente sus facultades, orillándolo á la profesión incondicional de aquel fatalismo. . . . .

La mayor parte del tiempo lo pasaba Enrique sobre la "cama." La pestilencia de la letrina habia insensibilizado sus sentidos al grado de no percibir sus fétidas emanaciones. Al mismo tiempo que habia sido encerrado, se le entregó

un grueso paquete de cigarros, obsequio del Cashier, y el "tabaquismo" le produjo un adormecimiento del cerebro rayano en la idiotéz. En la inercia en que se encontraba y sin darse cuenta del tiempo, á veces, estúpidamente, se ponía á escuchar el rumoroso vivir de los presos. Muy temprano, en la mañana, oía el alboroto que hacían al salir de las galeras donde amontonados habían pasado la noche. Gritos alegres, disputas, obsenidades, carcajadas, lloridos de borrachos, algunas veces los lloriqueos eran de mujeres que, pletóricas de alcóhol, habían sido arrastradas por las calles hasta ser guardadas en un calabozo donde pasaran lo más récio de su puerca borrachera. Á veces llegaban hasta él, al través de las rendijas de la puerta, las ondas pestilentes de yerba verde quemada; era la "mariguana" que los presos fumaban sentados en cuclillas y recargando sus espaldas en la pared, en grupos de tres ó cuatro. Fumaban la venenosa yerba pasándose el cigarrillo unos á otros. El dueño del cigarro y que había logrado introducir el yerbajo, cobraba medio centavo por cada chupada, lo que hacía que el fumador procurara prolongar la fumada lo más que podía. Enrique oía el rumor de sus conversaciones, saturadas de esclamaciones; del

conjunto de pláticas surgía á veces una canción. Se escuchaban otras, el chiriar de goznes de hierro y luego una voz trapajosa de ébrio que insultaba á todo el mundo con las más soeces palabras y que chorreaban en aquella atmósfera, como vertedero de inmundicias en un cenegal; á estas palabras contestaba un coro de gritos y carcajadas exitadoras que enfurecían al borracho. Algunas veces se apagaban los rumores, se oían respiraciones fatigosas, pisadas arrítmicas "chasqueaban" en el pavimento del patio y sordos golpes de lucha indicaban una de las comunes riñas de la prisión.

Las canciones de aquellas gentes eran melodías lastimeras, lloronas; canciones plañideras que se dilataban quejumbrosamente, ligándose los calderones en tono mayor que luego se trasportaban al tono menor, en un especie de doloroso alarido que se prolongaba hasta el infinito, como una vida miserable y exangüe que se consume sin sacudidas, sin rebeldías, anegándose paulatinamente en la nada como en un mar de muerte, donde ha de flotar el pingajo humano que llora su impotente tristeza en la semi-salvaje salmodia.

Las paredes de aquella cárcel exudaban el cinismo; allí se procreaba la impudicia y la

desvergüenza y tomaban forma sincera y tangible la ambición y los crímenes que con tan financiera hipocrecía hemos visto manifestarse en los primeros tipos de esta novela.

Enrique se embriagaba, se embrutecía con el tabaco. Encerrado en la celda, ésta se oscurecía por la densidad del humo. A un cigarrillo sucedía el otro. La letrina llena hasta más de la mitad de ditritus humanos semi-líquidos, se cubría por completo por la capa superficial que formaban las colillas de los cigarros. Un amigo, el único que se había interesado por él, un buen muchacho americano llamado Thomas, había logrado, á indicaciones del Director del Hospital, introducir á su celda una jeringa de Pravast y una caja de pastillas de clorhidrato de morfina, que Enrique disolvía en la taza que le servía para tomar café y que se inyectaba sin precaución, en los brazos, en la region abdominal ó en las piernas, á riesgo de provocarse una infección.

El embrutecimiento que le causaba la morfina y el tabaco, solo le permitía tomar un poco de alimento. Anonadado, sin voluntad para averiguar su situación, sin espíritu para oponerse á su destino, su cerebro solo funcionaba dominado en absoluto por la obsecada resolución

que desde un principio había aceptado como un destino fatal y que no debía intentar modificarlo. A esa corriente contraria que inundaba su ánimo, solo oponía la capacidad material de su cuerpo que, inerte, se dejaba arrastrar por el torrente, flotando apenas un girón de su débil espíritu, girón que se disolvía lentamente en el humo de sus cigarrillos ó se solucionaba en la poción de morfina que se inyectaba. La muerte de la voluntad y del espíritu, adelantándose á la muerte de la materia, le inspiraba aquel abandono y laxitud ante su situación, y como una arma asesina, solo dejaba en él, como única actividad, un sentimiento mortífero también: el desprecio que impremeditado é inconsciente le inspiraba la sola persona que podía ser sensible á ese irrisorio desprecio: á Luisa. El podía morir, pero quería morir legando la triste herencia de un martirio. No se satisfacía con que la destrucción le hiciera su víctima; él se gozaba con ser despues de su muerte un agente de dolor, en el remordimiento que había de causar en Luisa que él sufriera por ella y muriera por su culpa y despreciándola. La embriaguez, ensañándose y condensando la eterna y natural debilidad de aquel hombre, le impulsaba por breves momentos, en los que

aparentemente se disipaba, á imaginar tormentos, á inventar martirizadoras venganzas, para el único ser que solo había sido débil para quererlo. Ni por un momento se figuró que otro seria el causante de su sufrimiento, no quizo pensarlo, por que ese "otro" debía ser insensible á su irrisorio desprecio é invulnerable á sus intentos y este desprecio, que era lo único de que él podía disponer, la única arma que podía esgrimir, había que darle el empleo que la muerte le inspiraba, había que utilizarlo en donde pudiera herir y solo en su mujer podiacausar ese efecto y allí.....allí iba.

---

## CAPÍTULO VI.

Luisa cayó al suelo sin conocimiento. La sangre que brotaba de la herida que se causó al caer, formó un charco que mojaba y se adhería á sus cabellos y á sus vestidos. En supinación lateral, se encogía en sí misma, y sus manos y su brazo derecho se adherían también al piso, por la vizeosa acción de la sangre. Así permaneció poco más de una hora, en aquel abandono paulatino de la vida.

El policia encargado de guardar la puerta interior y encargado también de darle alimentos, un buen hombre á quien le inspiraba una profunda lástima la situación de Luisa, abrió la puerta para informarse con ella si necesitaba algo. Grande fué su sorpresa cuando la vió